

Émile Zola

Germinal

Traducción y notas de Mauro Armiño



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Germinal*

Primera edición: 2005

Cuarta edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Johann Baptist Reiter: *Obrero* (1848, detalle).

Museo de Bellas Artes de Budapest.

© Bridgeman Images / AGE Fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Mauro Armiño

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2005, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-714-7

Depósito legal: M. 24.789-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Primera parte
97	Segunda parte
171	Tercera parte
249	Cuarta parte
367	Quinta parte
463	Sexta parte
541	Séptima parte

Primera parte

1

En la llanura lisa, bajo la noche sin estrellas, de una oscuridad y un espesor de tinta, un hombre avanzaba solo por la carretera de Marchiennes a Montsou, diez kilómetros de empedrado que cortaba todo recto a través de los campos de remolacha. Delante de él no veía siquiera el suelo negro ni tenía la sensación del inmenso horizonte llano más que por el soplo del viento de marzo, ráfagas amplias como las que se producen sobre un mar, heladas por haber barrido leguas de marismas y de tierras desnudas. Ninguna sombra de árbol manchaba el cielo, el empedrado se extendía con la rectitud de una escollera, en medio de la bruma cegadora de las tinieblas.

El hombre había salido de Marchiennes hacia las dos. Caminaba con paso largo, tiritando bajo el delgado algodón de su chaqueta y de su pantalón de veludillo. Anu-

dato en un pañuelo de cuadros, un paquete pequeño le molestaba, y lo apretaba contra sus costados, ahora con un codo, luego con el otro, para meter hasta el fondo de sus bolsillos las dos manos a la vez, manos entumecidas que los latigazos del viento del Este hacían sangrar. Una sola idea llenaba su cabeza vacía de obrero sin trabajo y sin techo, la esperanza de que el frío sería menos vivo tras el alba. Hacía una hora que caminaba así cuando a la izquierda, a dos kilómetros de Montsou, divisó unas fogatas rojas, tres braseros ardiendo en pleno aire, y como colgados. Al principio vaciló, asaltado por el miedo; luego no pudo resistir a la necesidad dolorosa de calentarse un momento las manos.

Un camino encajonado se internaba en aquella dirección. Todo desapareció. El hombre tenía a su derecha una empalizada, una especie de tapia de gruesas tablas que encerraban una vía férrea, mientras que a la izquierda se alzaba un talud de hierba, rematado por aguilonos confusos y una visión de aldea de tejados bajos y uniformes. Avanzó unos doscientos pasos. Bruscamente, en un recodo del camino, las fogatas volvieron a aparecer a su lado, sin que lograra entender cómo ardían a tanta altura en el cielo muerto, como humeantes lunas. Pero a ras del suelo otro espectáculo le dejó suspenso. Era una masa pesada, un montón derrumbado de construcciones del que se alzaba la silueta de una chimenea de fábrica; raros resplandores salían de unas ventanas mugrientas, en cuya parte exterior colgaban cinco o seis lámparas tristes, de armazones cuyas maderas ennegrecidas alineaban vagamente unos perfiles de caballetes gigantes; y de esa aparición fantástica, ahogada en oscuridad y humo, sólo

una voz salía: la respiración gruesa y larga de un escape de vapor, que no se veía.

Entonces el hombre reconoció una mina. Quedó sorprendido de vergüenza: ¿para qué? No habría trabajo. En vez de dirigirse hacia los edificios, se aventuró por fin a trepar la escombrera sobre la que ardían los tres fuegos de hulla, en unas repisas de fundición, para iluminar y calentar el trabajo. Los obreros del corte de tierra habían debido trabajar hasta tarde, todavía estaban sacando los escombros inútiles. Ahora oía a los cargadores empujar los trenes sobre los caballetes, distinguía sombras vivas vaciando las vagonetas junto a cada fuego.

–Buenos días –dijo acercándose a una de las repisas.

De espaldas al brasero estaba, de pie, un carretero, un viejo con un jersey de lana violeta, tocado con una gorra de pelo de conejo, mientras su caballo, un gordo caballo amarillo, esperaba, con inmovilidad de piedra, a que vaciaran las seis vagonetas que había subido. El bracero que operaba en el balancín, un mozancón pelirrojo y desgarrado, no se daba demasiada prisa, apoyándose con mano dormida en la palanca. Y en lo alto arreciaba el viento, una brisa glacial, cuyos grandes soplos pasaban con regularidad como golpes de guadaña.

–Buenos días –respondió el viejo.

Se hizo un silencio. El hombre, que se sentía mirado con desconfianza, dijo su nombre acto seguido.

–Me llamo Étienne Lantier, soy maquinista... ¿No hay trabajo aquí?

Las llamas lo iluminaban, debía de tener veintiún años, muy moreno, agraciado, con aspecto fuerte a pesar de sus miembros menudos.

Tranquilo ya, el carretero movía la cabeza.

—Trabajo para un maquinista, no, no... Ayer mismo se presentaron dos. No hay nada.

Una ráfaga les cortó la palabra. Luego, Étienne preguntó señalando el sombrío montón de construcciones, al pie de la escombrera:

—¿Es un pozo, verdad?

Esta vez el viejo no pudo responder. Lo ahogaba un violento acceso de tos. Por fin escupió, y su escupitajo dejó, sobre el suelo púrpura, una mancha negra.

—Sí, un pozo, el Voreux... ¡Mire! El poblado de mineros está ahí mismo.

Con el brazo extendido señalaba en la oscuridad la aldea cuyos tejados había adivinado el joven. Pero las seis vagonetas estaban vacías, y siguió tras ellas sin chascar siquiera el látigo, con las piernas embotadas por reumatismos; mientras, el gordo caballo amarillo se ponía en marcha solo, y tiraba con fuerza entre los raíles, bajo una nueva borrasca que le erizaba el pelo.

En ese momento el Voreux salía del sueño. Étienne, que se olvidaba de calentar sus pobres manos ensangrentadas ante el brasero, miraba, reconocía cada parte del pozo, el cobertizo alquitranado del cribado, la atalaya del pozo, la amplia sala de la máquina de extracción, la torreta cuadrada de la bomba de achique. Aquel pozo, comprimido en el fondo de una cavidad, con sus achaparradas construcciones de ladrillos, y con su chimenea alzada como un cuerno amenazador, le parecía tener un aspecto malsano de bestia voraz, acuclillada allí para devorar el mundo. Mientras la examinaba, pensaba en él, en su existencia de vagabundo que desde hacía ocho días

buscaba un trabajo; de nuevo se veía en su taller del ferrocarril abofeteando a su jefe, echado de Lille, echado de todas partes; el sábado había llegado a Marchiennes, donde le habían dicho que había trabajo, en Les Forges; pero ni en Les Forges ni en Sonnevile había nada, y hubo de pasar el domingo oculto bajo las tablas de un taller de carretería, del que acababa de expulsarle, a las dos de la mañana, el vigilante. Nada, ni un céntimo, ni siquiera un mendrugo: ¿qué iba a hacer así por los caminos, sin meta, sin saber siquiera dónde abrigarse del cierzo? Sí, aquello era un pozo, las escasas linternas iluminaban la era, una puerta abierta de pronto le había permitido entrever los hornos de los generadores, en medio de una claridad viva. Se explicaba incluso el achique de la bomba, aquella respiración ronca y larga, soplando sin descanso, que era como la respiración atascada del monstruo.

El bracero del balancín, hinchado el pecho, ni siquiera había alzado los ojos hacia Étienne, y éste iba a recoger su pequeño paquete caído en el suelo cuando un acceso de tos anunció la vuelta del carretero. Poco a poco se le vio salir de la sombra, seguido por el caballo amarillo, que arrastraba seis nuevas vagonetas llenas.

—¿Hay fábricas en Montsou? —preguntó el joven.

El viejo soltó otro escupitajo negro y luego respondió en el viento:

—¡Aquí no son fábricas lo que falta! ¡Había que haber visto esto hace tres o cuatro años! Todo zumbaba, no podían encontrarse hombres suficientes, nunca se había ganado tanto... Pero ahora hay que apretarse el cinturón. Una verdadera lástima, en la comarca despiden a la gente, los talleres cierran unos tras otros... Tal vez no sea cul-

pa del emperador, pero, ¿por qué va a luchar a América?¹. Sin contar con que los animales mueren del cólera, como las personas.

Los dos siguieron lamentándose mediante frases cortas y con el aliento entrecortado. Étienne le contaba sus inútiles correrías desde hacía una semana: ¿tenía que reventar de hambre? Pronto estarían los caminos llenos de mendigos. Sí, decía el viejo, las cosas acabarían mal, porque Dios no podía permitir echar a la calle a tantos cristianos.

–No se come carne todos los días.

–¡Si por lo menos hubiera pan!

–Cierto, ¡si por lo menos hubiera pan!

Sus voces se perdían, las ráfagas arrastraban las palabras en medio de un aullido melancólico.

–Mire –prosiguió casi a gritos el carretero volviéndose hacia el Sur–, Montsou está allí...

Y con su mano extendida de nuevo señaló en las tinieblas puntos invisibles a medida que los nombraba. Allí, en Montsou, todavía funcionaba la azucarera Fauvelle, pero la azucarera Hoton acababa de reducir el personal, y apenas quedaba otra cosa que la fábrica de harinas Dutilleul y la cordelería Bleuze para los cables de mina, que aguantaban el golpe. Luego, con un gesto amplio, indicó, al Norte, toda una mitad del horizonte: los talleres de construcción Sonnevile no habían recibido ni dos ter-

1. Alusión a la expedición francesa a México, que duró de finales de 1861 a principios de 1867. Permite situar cronológicamente la acción, que el propio Zola dejó imprecisa a lo largo de la novela. Una nota de sus borradores se limita a observar: «Primeros días de marzo 66. Datar el Imperio». Esta alusión y las referencias a la crisis económica y a la epidemia de cólera en la región, permiten situar la acción en ese año de 1866 en la cuenca hullera del Norte.

cios de los encargos habituales; de los tres hornos de Les Forges de Marchiennes, sólo dos estaban encendidos; por último, sobre la vidriería Gagebois pesaba la amenaza de una huelga, porque hablaban de una reducción de salario.

–Lo sé, lo sé –repetía el joven a cada indicación–. Vengo de allí.

–Nosotros, por ahora vamos tirando –añadió el carretero–. Sin embargo, los pozos han disminuido la extracción. Y mire, allí enfrente, en la Victoire, sólo quedan dos baterías de hornos de coque ardiendo.

Escupió y volvió a caminar detrás de su caballo somnoliento, después de haberlo uncido a las vagonetas vacías.

Ahora Étienne dominaba toda la región. Las tinieblas seguían siendo profundas, pero la mano del viejo las había como llenado de grandes miserias, que el joven, inconscientemente, sentía ahora a su alrededor, por todas partes, en la extensión sin límites. ¿No era un grito de hambre lo que arrastraba el viento de marzo, por aquella campiña desnuda? Las ráfagas se habían vuelto rabiosas, parecían traer la muerte del trabajo, una carestía que mataría a muchos hombres. Con la mirada errante, se esforzaba por penetrar las sombras, atormentado por el deseo y el miedo de ver. Todo se aniquilaba en el fondo de lo desconocido de las noches oscuras, sólo divisaba, muy lejos, los altos hornos y los hornos de coque. Éstos, unas baterías de cien chimeneas plantadas en oblicuo, alineaban rampas de llamas rojas, mientras que, más a la izquierda, las dos torres ardían completamente azules en pleno cielo, como antorchas gigantes. Era una tristeza de incendio y no había en el amenazador horizonte otras

apariciones de astros que aquellos fuegos nocturnos de la región de la hulla y del hierro.

—¿No será usted de Bélgica? —dijo detrás de Étienne el carretero, que había vuelto.

En esta ocasión sólo traía tres vagonetas. Siempre se podía vaciar éstas: un accidente ocurrido en la jaula de extracción, una tuerca rota, iba a detener el trabajo durante un cuarto de hora largo. Al pie de la escombrera se había hecho un silencio, los cargadores no sacudían ya los caballetes con un zumbido prolongado. Sólo se oía salir del pozo el ruido lejano de un martillo, golpeando contra la chapa.

—No, soy del Sur —respondió el joven.

Después de vaciar las vagonetas, el bracero se había sentado en el suelo, contento con el accidente; y, conservando su hurañía muda, se había limitado a levantar unos grandes ojos apagados sobre el carretero, como importunado por tanta palabrería. En efecto, este último no solía hablar tanto. Fue preciso que el rostro del desconocido le convenciera y que fuera dominado por una de esas ganas de confianzas que a veces hacen hablar a las personas mayores solas y en voz alta.

—Pues yo soy de Montsou, y me llamo Bonnemort².

—¿Es un apodo? —preguntó Étienne, sorprendido.

El viejo soltó una risa de contento y, señalando el Vo-reux, dijo:

—Sí, sí... Me han sacado en trozos de ahí tres veces, una vez con todo el pelo chamuscado, otra con tierra hasta en la molleja, la tercera con la tripa hinchada de

2. «Buenamuerte».

agua como una rana... Por eso, cuando vieron que no quería reventar, me apodaron Bonnemort en broma.

Aumentó su alegría, un chirrido de polea mal engrasada que acabó degenerando en un terrible acceso de tos. La repisa de fuego iluminaba ahora totalmente su gran cabeza de pelo blanco y escaso, su cara chata, de una palidez lívida, salpicada de manchas azulencas. Era pequeño, con un cuello enorme, las pantorrillas y los talones hacia fuera, con brazos largos cuyas manos cuadradas caían hasta las rodillas. Además, lo mismo que su caballo, que permanecía inmóvil sobre sus patas sin dar la impresión de sufrir por el viento, parecía de piedra, no aparentaba temer el frío ni las borrascas que silbaban en sus orejas. Después de haber tosido, con la garganta desgarrada por una carraspera profunda, escupió al pie de la repisa y la tierra se puso negra.

Étienne lo miraba, miraba el suelo que manchaba de aquella forma.

—¿Hace mucho que trabaja en la mina? —le preguntó.

Bonnemort abrió los brazos ampliamente.

—Sí, hace mucho, muchísimo tiempo... Apenas tenía ocho años cuando bajé por primera vez, mire, precisamente al Voreux, y tengo ya cincuenta y ocho. Calcule usted mismo... Ahí dentro he hecho de todo, primero aprendiz, luego llené y empujé vagonetas, cuando tuve fuerza para hacerlas rodar, luego picador durante dieciocho años. Más tarde, por culpa de mis malditas piernas, me pusieron a cortar tierra, a terraplenar y a reparar el entibado hasta el momento en que tuvieron que sacarme del fondo porque el médico decía que iba a dejar allí los huesos. De eso hace cinco años, y me convertí en carre-

tero... ¿Qué le parece? ¿Bonito, verdad? ¡Cincuenta años de mina, cuarenta y cinco de ellos en el fondo!

Mientras hablaba, trozos de hulla encendida que, por instantes, caían de la repisa, iluminaban su cara pálida con un reflejo de sangre.

–Me dicen que descanse –prosiguió–. Pero yo no quiero, no soy tan tonto, aunque ellos lo crean... Trabajaré todavía dos años, hasta cumplir los sesenta, para tener la pensión de ciento ochenta francos. Si hoy les dijese adiós, me darían ahora mismo la de ciento cincuenta. ¡Esos bribones se pasan de listos!... Además, aguanto muy bien, si dejamos a un lado las piernas. Ha sido, como puede ver, por el agua que se me ha metido debajo de la piel, a fuerza de estar mojado en las venas. Hay días en que no puedo mover la pata sin chillar.

Volvió a interrumpirle otra crisis de tos.

–¿Y eso es lo que le hace toser de esa forma? –preguntó Étienne.

Pero el viejo respondió negativamente con la cabeza de forma violenta. Luego, cuando pudo hablar, contestó:

–No, no, me acatarré el mes pasado. Antes nunca tosía, ahora no puedo quitármelo de encima... Y lo raro es que escupo, que escupo...

Un carraspeo subió de la garganta y escupió un gargajo negro.

–¿No es eso sangre? –preguntó Étienne, atreviéndose por fin a preguntarle.

Muy despacio, Bonnemort se secó la boca con el revés de la mano.

–Es carbón... En el esqueleto tengo carbón suficiente para calentarme hasta el fin de mis días. Y eso que hace

cinco años que no pongo los pies en el fondo. Parece que lo he ido almacenando sin darme cuenta siquiera. ¡Bah, eso lo conserva a uno!

Hubo un silencio, a lo lejos el martillo golpeaba de forma regular en el pozo, el viento pasaba con su queja, como un grito de hambre y de cansancio venido de las profundidades de la noche. Ante las llamas que temblaban como asustadas, el viejo seguía rumiando, en voz más baja, sus recuerdos. Por supuesto, él y los suyos no estaban propinando golpes en la vena desde ayer precisamente. Su familia trabajaba para la Compañía de minas de Montsou desde su creación; y eso databa de hacía mucho, hacía ya ciento seis años. Su abuelo, Guillaume Maheu, un chiquillo de quince años entonces, había encontrado el carbón de gas en Réquillart, el primer pozo de la Compañía, un viejo pozo hoy abandonado, allá, junto a la azucarera Fauvelle. Toda la región lo sabía, y como prueba estaba el nombre de la vena descubierta, que se conocía con el nombre de su abuelo, vena Guillaume. Él no lo había conocido; según lo que contaban era un hombre grueso, muy fuerte, que murió de vejez a los sesenta años. Luego su padre, Nicolás Maheu llamado el Rojo, se había quedado con apenas cuarenta años en el Voreux, que se excavaba en esa época: un derrumbamiento, un aplastamiento completo, la sangre bebida y los huesos tragados por las rocas. Más tarde, dos de sus tíos y sus tres hermanos también habían dejado allí la piel. En cuanto a él, Vicent Maheu, que había salido del fondo de la mina casi entero, sólo con las piernas algo averiadas, pasaba por hombre astuto. Además, ¿qué se podía hacer? Había que trabajar. Hacían aquello de pa-

dres a hijos, como se hacen otras cosas. Su hijo, Tous-saint Maheu, también se mataba allí ahora, y sus nietos, y todo el mundo que vivía enfrente, en el poblado. Ciento seis años arrancando carbón, de chiquillos primero, luego de viejos, para el mismo amo; muchos burgueses no habrían sabido contar tan bien su historia.

—Con tal de comer... —murmuró de nuevo Étienne.

—Es lo que yo digo, mientras haya pan para comer, se puede vivir.

Bonnemort calló, con la vista vuelta hacia el poblado, donde iban encendiéndose las luces una a una. El campanario de Montsou dio las cuatro, el frío se volvía más recio.

—¿Y es rica la Compañía? —preguntó Étienne.

El viejo se encogió de hombros, luego los dejó caer, como abrumado bajo una lluvia de escudos.

—¡Ah, sí, sí!... No tan rica tal vez como su vecina, la Compañía de Anzin³. Pero, de cualquier modo, millones y millones. Imposible contarlos... Diecinueve pozos, trece de ellos en explotación, el Voreux, la Victoire, Crève-cœur, Mirou, Saint-Thomas, Madeleine, Feutry-Cantel, y más aún, y seis para el achique o la ventilación, como Réquillart... Diez mil obreros, concesiones que se extienden por sesenta y siete comunas, una extracción de cinco mil toneladas diarias, un ferrocarril que pasa por todos los pozos, por las canteras, por las fábricas... ¡Claro que sí, claro que tiene dinero!

El zumbido de las vagonetas, sobre los caballetes, enderezó las orejas del gordo caballo amarillo. Abajo, la jaula

3. Compañía fundada en el siglo XVIII, una de las más importantes explotaciones del norte de Francia.

debía de haber sido reparada, los cargadores habían vuelto a su tarea. Mientras uncía su animal para volver a bajar, el carretero añadió en tono suave, dirigiéndose al caballo:

—¡Tienes que acostumbrarte a charlar, maldito gandul!... Si llega a enterarse el señor Hennebeau de la forma en que pierdes el tiempo...

Pensativo, Étienne miraba la noche. Preguntó:

—Entonces, ¿la mina es del señor Hennebeau?

—No —le explicó el viejo—, el señor Hennebeau sólo es el director general. Le pagan como a nosotros.

Con un gesto, el joven señaló la inmensidad de las tinieblas.

—¿De quién es todo esto entonces?

Pero Bonnemort permaneció ahogado durante un instante por una nueva crisis, con tal violencia que no podía recuperar el aliento. Por fin, cuando hubo escupido y secado la espuma negra de sus labios, dijo en medio del viento que arreciaba:

—¿Cómo? ¿Que de quién es todo esto?... No se sabe. De gentes.

Y con la mano señalaba en la sombra un punto vago, un lugar ignorado y remoto, poblado por esas gentes para quienes los Maheu golpeaban la vena desde hacía más de un siglo. Su voz había adquirido una especie de miedo religioso, era como si hablase de un tabernáculo inaccesible donde se escondía el dios ahíto y acucillado al que todos daban su carne, y al que nunca habían visto.

—¡Si al menos se comiera pan en abundancia! —repitió por tercera vez Étienne, sin transición aparente.

—¡Maldita sea! ¡Si encima comiéramos siempre pan sería demasiado hermoso!

El caballo había echado a andar, y el carretero también desapareció arrastrándose con paso de inválido. Junto a la vagoneta, el bracero no se había movido, hecho un ovillo, con el mentón metido entre las rodillas y clavando en el vacío sus grandes ojos apagados.

Después de recoger su paquete, Étienne permaneció allí todavía un momento. Sentía las ráfagas helarle la espalda, mientras su pecho ardía delante de aquella fogata. De cualquier modo, tal vez hiciera bien encaminándose al pozo: el viejo podía no saber; además, estaba resignado, aceptaría cualquier trabajo. ¿Adónde ir y en qué convertirse en aquella región hambreada por el paro? ¿Dejar detrás de una tapia su esqueleto de perro perdido? Sin embargo, le turbaba una vacilación, cierto miedo al Voreux, en medio de aquella llanura lisa, ahogada por una noche tan espesa. Con cada ráfaga parecía aumentar el viento, como si lo soplaran desde un horizonte cada vez más amplio. Ninguna alborada blanqueaba el cielo muerto, sólo los altos hornos llameaban, como los hornos de coque, ensangrentando las tinieblas, sin iluminar lo desconocido. Y el Voreux, en el fondo de su agujero, con su apisonamiento de bestia malvada, se aplastaba más aún, respiraba con un aliento más ronco y más largo, perturbando el aire con su penosa digestión de carne humana.

2

En medio de los campos de trigo y de remolacha, el poblado de los Deux-Cent-Quarante dormía bajo la noche

negra⁴. Se vislumbraban vagamente los cuatro inmensos cuerpos de pequeñas casas adosadas, cuerpos de cuartel o de hospital, geométricos, paralelos, que separaban tres amplias avenidas, divididas en jardines iguales. Y, en la meseta desierta, sólo se oía el quejido de las ráfagas en los emparrados arrancados de las cercas.

En casa de los Maheu, en el número 16 del segundo edificio, no se movía nada. Espesas tinieblas inundaban la única habitación del primer piso, como aplastando con su peso el sueño de unos seres a los que se presentía allí, amontonados, con la boca abierta y muertos de fatiga. Pese al frío recio del exterior, el aire pesado tenía un calor vivo, ese ahogo cálido de los dormitorios cuarteleiros mejor cuidados, que despiden un olor a rebaño humano.

Sonaron las cuatro en el reloj de cuco de la sala de la planta baja, nada se movió, silbaban unas respiraciones débiles acompañadas por dos sonoros ronquidos. Y de pronto fue Catherine quien se levantó. En medio de su fatiga, había contado por hábito los cuatro timbrazos del reloj a través del piso, sin encontrar fuerza para despertarse por completo. Luego, sacando las piernas fuera de las mantas, empezó a tantear, rascó finalmente una cerilla y encendió la vela. Pero permanecía sentada, con la cabeza tan pesada que se le derrumbaba entre los hombros, cediendo a la necesidad invencible de volver a caer sobre el cabezal.

4. Para la descripción de este poblado, Zola se inspiró en el de los Soixante-Douce, que Zola visitó en 1884; las viviendas permanecieron tal como quedan descritas aquí hasta 1983, en que fueron destruidas.

La vela iluminaba ahora la habitación rectangular, ocupada por tres camas, con dos ventanas. Había un armario, una mesa y dos sillas de viejo nogal, cuyo tono renegrido manchaba con dureza las paredes, pintadas de amarillo claro. Y nada más, unos harapos colgados de clavos, un cántaro colocado sobre las baldosas, cerca de un barreño rojo que servía de palangana. En la cama de la izquierda, Zacharie, el mayor, un muchacho de veintitún años, dormía junto a su hermano Jeanlin, que había cumplido los once; en la de la derecha, dos críos, Lénore y Henri, la primera de seis años, el segundo de cuatro, dormían uno en brazos de la otra; mientras que Catherine compartía el tercer lecho con su hermana Alzire, tan enclenque para sus nueve años que no la habría sentido a su lado de no ser por la joroba de la pequeña inválida que se le clavaba en el costado. La puerta vidriera estaba abierta, se veía el corredor del descansillo, aquella especie de pasillo donde el padre y la madre ocupaban una cuarta cama, junto a la que habían tenido que instalar la cuna de la última recién nacida, Estelle, de tres meses apenas.

Sin embargo, Catherine hizo un esfuerzo desesperado. Se estiraba, crispaba sus dos manos en sus cabellos pelirrojos, que le enmarañaban la frente y la nuca. Enclenque para sus quince años, no dejaba asomar, fuera de la funda estrecha de su camisón, más miembros que unos pies azulados, como tatuados con carbón, y unos brazos delicados cuya blancura lechosa contrastaba con la tez pálida de la cara, ya estropeada por los continuos lavados con jabón negro. Un último bostezo abrió su boca algo grande, de dientes soberbios en la palidez

clorótica de las encías; mientras, sus ojos grises lloraban de sueño combatido, con una expresión dolorosa y quebrada, que parecía hinchar de fatiga su desnudez entera.

Pero del rellano llegó un gruñido, la voz pastosa de Maheu empezó a farfullar:

–¡Maldita sea! Ya es la hora... ¿Has encendido tú la vela, Catherine?

–Sí, padre... Acaban de sonar las cuatro abajo.

–¡Date prisa, holgazana! Si hubieras bailado menos ayer domingo, nos habrías despertado antes... ¡Vaya vida de pereza!

Y siguió gruñendo, pero el sueño volvió a apoderarse de él, sus reproches fueron embarullándose hasta apagarse en un nuevo ronquido.

La joven, en camisón, con los pies desnudos sobre las baldosas, iba y venía por el cuarto. Cuando pasó delante de la cama de Henri y Lénore, echó sobre ellos la manta, que se había caído; y no se despertaban, sumidos en el profundo sueño de la infancia. Alzire, con los ojos abiertos, se había vuelto para ocupar el sitio caliente de su hermana mayor, sin decir una sola palabra.

–¡Vamos, Zacharie! ¡Y tú, Jeanlin⁵, vamos! –repetía Catherine, de pie ante los dos hermanos, que seguían tumbados con la nariz en la almohada.

Tuvo que agarrar al mayor por el hombro y sacudirlo; luego, mientras él soltaba injurias, ella decidió despertar-

5. Jeanlin, como otros niños de la novela –Lydie, Bébert–, tiene menos de doce años; la ley de 22 de marzo de 1841, vigente durante el Segundo Imperio, permitía que a esa edad se trabajase en el fondo de las minas.